

EL GALLINAZO, ELEMENTO PROPAGADOR DE ENFERMEDADES

Por EMIGDIO PINZON M.
MEDICO VETERINARIO.

Todos conocemos y hemos visto al gallinazo, y desde nuestros primeros años tenemos un enigmático respeto por su vida; todos lo hemos contemplado en múltiples ocasiones jugar con el viento al volar por las tardes en los campos clavando su potente pupila sobre el suelo en busca de alimento; nos ha distraído muchas veces su presencia en los tejados durante el frío de las mañanas esperanco erizados y con la calva entre los hombros los primeros rayos del sol. Todos cuantos hemos gozado de ratos campesinos en alguna ocasión de nuestra vida conocemos los convites y orgías de los "guales" a expensas de hediondos mortecinos. Todos los conocemos y sabemos mucho de sus costumbres, es cierto, pero nos convertimos en sus inconcientes defensores sin reflexionar ni un momento en su valor malévolo, en su obra perniciosa, en su papel de **mosca gigante** en la propagación de las enfermedades.

No me propongo estudiar a fondo el gallinazo desde un punto de vista científico o zoológico, porque no es mi intención escribir lecciones o conceptos de ornitología para nadie, a pesar de las muchas páginas interesantes y amenas que sobre la vida y costumbres de dichos animales pueden llenarse. Sólo caben aquí algunas reflexiones sobre el lamentable error de tolerar y celar la conservación de tan perniciosa vida.

El gallinazo se encuentra en toda la América con prodigalidad diferenciando un tanto los del Norte y los del Sur; vive en todos los climas escaseando mucho en las costas y en las altas mon-

tañas, donde sólo por excepción se constata su presencia. Anida en los tejados, en las paredes de las casas arruinadas, en las torres y en los campanarios; elige en ocasiones las peñas, las rocas y las partes elevadas de los pantanos donde el agua no los toca; ponen tres huevos blancos; sus hijos los cuidan con esmero turnándose el padre y la madre en sus desvelos. Poseen un temperamento flemático, triste y frío. Cuando el hambre los acecha remolinean por el aire durante largas horas, se remontan a las alturas y desde allí, con su ojo que les es altamente fiel, buscan y localizan los cadáveres para arrojarlos sobre ellos y saciarse plenamente. Cuando caminan por el suelo lo hacen con el cuerpo recto y balanceándose en puntillas, dando así a sus movimientos cierta gravedad que los caracteriza. Son sin embargo muy tímidos y nunca atacan a los vivos, sólo en cautiverio intentan hacerlo; son pues rapaces de los cadáveres y de las inmundicias abandonadas en los campos y en las alcantarillas.

El gallinazo ha sido considerado desde tiempos inmemoriales como irreemplazable agente de salubridad pública, y se le ha confiado la honrosa misión de conservar la limpieza del campo y de las calles, rodeándose de una aureola de respeto al castigar con multas y hasta con prisión a cuantos intentan contra tan autorizados agentes del aspo y sanidad del pueblo. Esto puede tolerarse y aún aceptarse plenamente para aquellos tiempos en que no se creía en la existencia de los virus y de las bac-

terias que se transmiten de un lugar a otro con gran facilidad; cuando no comprendían los higienistas que los gallinazos, en vez de destruir y de quitar los focos de infección, sólo consiguen esparcir y trasportar los gérmenes patógenos, infestando nuevos lugares con esas materias vehiculizadas en sus garras, pico y plumas; llevan así muy fácilmente múltiples contagios de algún lejano hospital, leprocomio o potrero a las regiones libres del tétrico flagelo de las enfermedades infecciosas.

Personalmente no acepto el derecho a la vida de esas aves sucias y repugnantes, aún respetadas como salvaguardias y policías de la higiene, y las califico de **moscas gigantes**, emblema permanente de la desidia y atraso lamentable de los pueblos. En Colombia estamos en mora para decretar la destrucción de esos antiguos heraldos de la sanidad, desenmascarados hoy como los preciosos portadores de gran número de enfermedades, verdaderos causantes de las epizootias en los campos y de ciertas epidemias en las poblaciones.

En varios países de la América se ha llegado a la feliz conclusión de que esta especie es altamente perjudicial para la sanidad animal y para la higiene bien orientada de los pueblos, despojándola del privilegio que gozaba al respeto y protección de los agentes del orden. En el Brasil y la Argentina, mediante la investigación bacteriológica de los excrementos, han constatado plenamente que el bacilo del Carbón, el de la Tuberculosis y los quistes de la Ameba Disentérica pasan el tubo digestivo sin sufrir en su vitalidad y virulencia, siendo así propagadores seguros de tales enfermedades. Al depositar sus deyecciones sobre los tejados contaminan las aguas llovidas que en muchas partes aprovechan para el uso en la casa. En los campos donde los cadáveres de los animales muertos de Carbón o de Tuberculosis no son pasados por el fuego o debidamente enterrados, los gallinazos, después de con-

sumirlos, llevan en sus deyecciones la infección segura a las regiones circundantes indemnes; y si tenemos en cuenta que en sus garras, plumas y pico llevan igualmente el peligro, crece el número de las enfermedades transmitidas por él. Nadie pues, mientras éste exista, debe mirar con indiferencia las epizootias en las regiones vecinas por más libre que se encuentre su finca, porque nadie puede impedirle a esas aves que, luego de saciarse en el foco de infección, vayan a la quebrada y potrero vecinos a sacudir sus plumas, limpiar su pico y arrastrar sus garras donde el bovino, el equino y el cerdo, etc. etc., van, el mismo día o días después, a tomar el agua y el pasto así contaminados.

La peste porcina, que es una de las enfermedades más temibles en los cerdos, que ha destruído muchos miles de éstos en el país, tiene como uno de sus portadores al gallinazo, el cual, después de contaminarse con cadáveres pestíferos, se posa en la cochera y come con ellos las lavasas. Nadie puede igualmente negar el peligro de la propagación del aborto contagioso por este medio: el gallinazo, al comer las deyecciones, secreciones, paries y fetos de las vacas contaminadas, esparce la enfermedad por el potrero y regiones próximas, generalizando de este modo la infección.

Por qué, después de contemplarlo desde este punto de vista, no lo catalogamos como propagador número uno de las epizootias en los campos en vez de considerarlo como policía de sanidad? ¿Por qué tenemos tanto a la mosca que trajina por el plato donde se nos sirve la comida, y no vemos el peligro cuando estas nuevas moscas se posan en el pasto donde pase el bovino, o en la cochera a comer la lavasa con el cerdo, o en el corral a picotear con la gallina? Si no se les considera fundamento a estas reflexiones, será preciso demostrar que el gallinazo destila de continuo algún maravilloso desinfectante que destruye las bacterias por donde quiera

que ejerza su benéfica influencia; entonces los protegeremos como instrumentos de desinfección que van, a manera de soldaditos Flt, fumigando las bacterias por los campos y ciudades; entonces los reclamaremos y hasta fomentaremos criaderos especiales para tan preciosos agentes destructores de las dolencias humanas, y los lanzaremos a los campos, hospitales y trincheras encomendándoles el noble empleo de la desinfección y la antisepsia. Pero, ya que no es así, preciso es bloquearlos por el hambre enterrando o quemando todo cuanto constituye alimento para ellos, particularmente cuando se sospeche contaminación de alguna grave enfermedad. Que ya nadie al referirse a cadáveres pestíferos, diga: "que se los coman los chulos", sin reflexionar en las consecuencias desastrosas que trae tal pereza y negligencia. En esta forma devolveremos a la tierra el abono de los cadáveres y le evitaremos al campesino el peligro de muchas y lamentables epizootias; así no volveremos a ver bandadas de esas aves negras en las plazas de los pueblos in-

festando el ambiente después de los mercados.

Es preciso, pues, concluir, que el gallinazo no es animal útil, mucho menos policía de sanidad como erróneamente se le ha considerado; que por el contrario debe catalogarse como ave altamente dañina, merecedora de su completo exterminio; que su presencia es señal de desaseo en las ciudades y constituye el emblema permanente de la pereza y de la ignorancia de muchos en los problemas de la higiene. Es necesario que el hacendado poseedor de buenos semovientes; que el pobre desposeído de ellos, pero que estima su salud; que todos cuantos deseamos el progreso ganadero y nos preocupamos por el adelanto continuo y acertado de la higiene en los campos y en las ciudades, miremos con desconfianza al gallinazo y clamemos por su completa destrucción, buscando siempre el medio que asegure su exterminio, el nuevo DDT, no ya para el diminuto insecto sino para la gigante **ave-mosca**.

Bucaramanga, Julio 15 de 1945.